



Anábasis

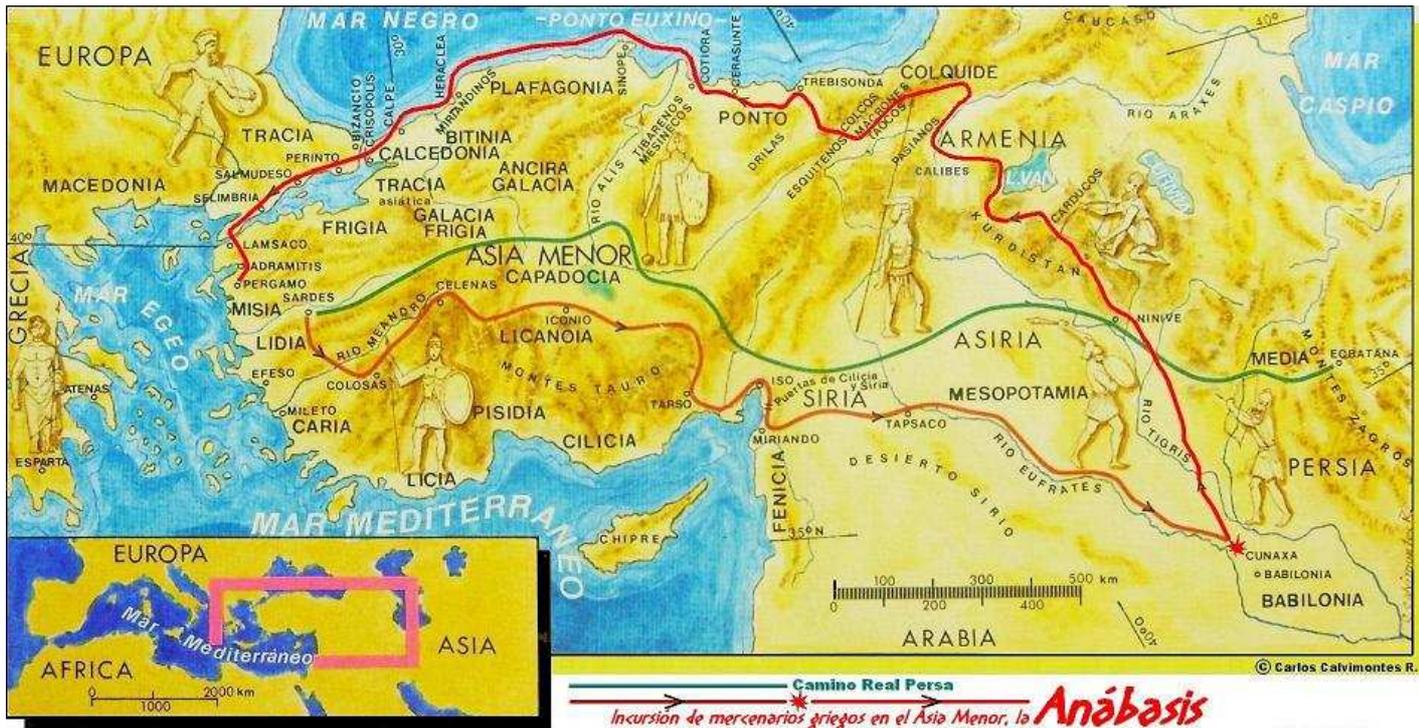
La incursión de los mercenarios griegos

La guerra del Peloponeso, que había concluido con la victoria de Esparta sobre Atenas, dejó un enorme número de desocupados que deseaban servir a cualquiera. Su oficio era el de las armas y encontraban difícil acomodarse a la vida civil, y esa fue la circunstancia que aprovechó Ciro el Joven.

Éste príncipe rebelde iba formando un ejército con persas desterrados como él y con soldados de los pueblos bajo su dominio, con el objetivo de derrotar al rey de los persas, su hermano Artajerjes II, a quien el padre de ambos había dejado un extenso imperio, en el extremo occidental del cual Ciro era un sátrapa subalterno.

Para reclutar a los mercenarios griegos, Ciro se valió del ascendiente que tenía sobre ellos el espartano Clearco, que además era el único que conocía el verdadero objetivo de la empresa que organizaba el príncipe persa. Para otros se hizo correr la voz de que Ciro pensaba expulsar a los pisidas de las comarcas de su gobierno.

A principios del año 401 a. C. se reunieron en el punto de encuentro convenido, la ciudad de Sardes en la occidental Lidia, varios miles de los soldados reclutados en diversas ciudades griegas, aparte de las propias fuerzas bárbaras que organizaron los persas leales a Ciro.



Partiendo de Sardes y atravesando el río Meandro llegaron a Colosas donde les dieron encuentro otros mil quinientos griegos. Después arribaron a Celenas donde llegó Clearco con dos mil soldados y también otros jefes griegos con mil trescientos hombres.

Después de varias etapas en las que atravesaron la Frigia, llegaron a Iconio y se internaron en la Licanoia, hasta alcanzar la parte meridional de la Capadocia, desde donde se dirigieron al sur, pasando por los Montes Tauro, hasta arribar a Tarso, ciudad de la Cilicia.

En el paso por las montañas, para llegar a las llanuras sobre la costa del Mar Mediterráneo, murieron doscientos hombres de las fuerzas que comandaba Menón —que iba por distinta ruta que la tomada por Ciro—, al parecer a manos de los cilicios o por haberse perdido en las montañas.

En Tarso los griegos se negaron a continuar el viaje; sospechaban que se les conducía contra Artajerjes y decían que no se habían alistado para eso. Clearco pudo convencerlos de seguir adelante, sin revelarles el secreto de Ciro y éste les señaló que un enemigo suyo, Abrócomas, estaba en las riberas del río Éufrates y que allí iban.

Habiendo llegado a Iso, última ciudad de la Cilicia y a orillas del mar, recibieron a otros mercenarios griegos, que habían navegado en treinta y cinco naves desde Éfeso, junto con otras veinticinco de gente de Ciro, dándose por terminada la conformación de sus fuerzas.

Ciro ordenó enfilarse hacia el sur, costeando, para alcanzar las Puertas de Cilicia y de Siria —murallas fronterizas que llegaban hasta las playas—. Mediante tropas transportadas por mar se venció ese obstáculo y, ya en territorio sirio, llegaron a Miriando, donde se produjo la defección de algunos griegos que regresaron a su país.

La penetración en dirección al oriente hasta alcanzar el río Éufrates no tuvo mayores incidentes y arribaron a Tapsaco, donde Ciro reveló sus planes de ir contra su hermano. Los mercenarios se pusieron furiosos, por el engaño que habían sufrido y porque se sentían mal pagados, considerando el tipo de empresa que debían realizar.

Ciro prometió aumentarles la paga, otorgar premios a quienes lo siguieran y persuadió a la mayoría a no abandonarlo. Menón contribuyó al convencer a los soldados a su mando a que dieran el ejemplo cruzando el río Éufrates; el resto del ejército siguió ese ejemplo y avanzó ya sin mayores problemas.

Aprovisionándose bien en las primeras etapas, y teniendo el río Éufrates a su derecha, el ejército pudo atravesar una región desértica y, después de pasar por algunas poblaciones, principió a ver huellas de la caballería enemiga, en las llanuras mesopotámicas.

Fue en esas circunstancias que un jefe persa, Orontes, concibió la idea de traicionar a Ciro. Le dijo que si se le proporcionaba mil caballos tendería una emboscada al enemigo, cuando su verdadera intención era la de pasarse al adversario. Fue descubierto y muerto por su felonía.

Al llegar a tierras babilónicas, Ciro pasó revista a las tropas griegas y bárbaras, pues le parecía inminente el encuentro con el ejército al mando de su hermano. Estaban en Cunaxa, a alrededor de un centenar de kilómetros de la ciudad de Babilonia.

Los mercenarios griegos eran doce mil novecientos y los bárbaros leales a Ciro casi cien mil hombres. En cambio, el enemigo contaba con un descomunal ejército —según se decía formado por un millón doscientos mil hombres—, en cuatro cuerpos. Uno de éstos, el mando de Abrócomas, llegó cinco días después del combate.

Cuando llegó el momento del enfrentamiento, los griegos ocuparon el ala derecha, junto al río Éufrates, y los bárbaros se colocaron a continuación a su izquierda. El ejército de Artajerjes era tan superior en número, que el centro de su alineación para la lucha rebasaba a la parte izquierda de las fuerzas de Ciro.

Enfrentados los antagonistas, los persas de Artajerjes fueron avanzando mientras los griegos permanecían inmóviles entonando un canto de guerra. Cuando la distancia se redujo a unos quinientos metros la falange griega corrió al encuentro del enemigo dando gritos a Marte y golpeando con sus lanzas sus propios escudos.

Fue tan tremendo el fiero espectáculo que presentaron los griegos —además precedidos por una justa fama de guerreros incomparables—, que antes de que llegasen a tiro de arco de los bárbaros de Artajerjes éstos les volvieron las espaldas y huyeron despavoridos.

Ciro, viendo que los griegos perseguían al ala izquierda del adversario, mantuvo retenida la fuerza de seiscientos soldados a caballo de su guardia, hasta ver qué hacía su hermano, quien poco demoró para ordenar a las tropas de su frente central dar la vuelta y envolver a los griegos que habían sobrepasado a la alineación persa.

Entonces Ciro cargó decididamente con su caballería y penetró a las fuerzas que rodeaban a Artajerjes y que eran diez veces superiores; éstas, cogidas lateralmente cuando iniciaban su movimiento envolvente, tuvieron que ponerse en fuga momentáneamente.

De esa forma Ciro pudo acercarse a su hermano y lo hirió de gravedad. Un instante después Ciro fue herido de muerte. Habiendo reaccionado las fuerzas de Artajerjes, una parte de ellas llegó, con escasa resistencia, hasta el mismo campamento de Ciro.

Mientras tanto, los griegos continuaban su persecución a los persas del ala con la que antes se enfrentaron. Se creyeron vencedores por un momento, hasta que se dieron cuenta de que otras inmensas fuerzas enemigas los venían a atacar por la retaguardia.

Se volvió a organizar una parte de los frentes, aunque se habían cambiado los lados, y volvió a ocurrir lo del primer encuentro: los griegos al ver a sus enemigos formados se pusieron a cantar, y luego se lanzaron al ataque, con mayor brío que la vez pasada; los bárbaros tampoco los esperaron y se dieron a la fuga.

Cuando fue llegando la noche los griegos descansaron. Estaban inquietos por no saber nada de Ciro y después se preocuparon al encontrar su campamento destruido. Al día siguiente decidieron avanzar nuevamente; esta vez para encontrar a Ciro, cuando en eso les llegó la noticia de su muerte.

Las fuerzas bárbaras de Ciro estaban destruidas, una parte en desbandada y la otra había sido hecha prisionera. Los griegos empezaron a buscar vituallas como podían. Leña no les faltó para cocinar: en el campo de batalla encontraron miles de flechas que habían dejado en su huida los persas a quienes habían derrotado.

En eso llegaron unos heraldos de Artajerjes a pedirles su rendición. Los griegos no quisieron entregar sus armas y, como no podían pelear en territorio enemigo, decidieron emprender la retirada por un camino distinto al que habían tomado para llegar, y también lejos del Camino Real Persa, yendo hacia el norte hasta el Mar Negro.

Cambiando aparentemente su proposición Artajerjes, propuso negociar una tregua y Tisafernes se ofreció de guía para el retorno de los griegos a su país. Después de varias demoras debidas a las consultas, y la consiguiente impaciencia en las filas de los mercenarios, se inició el viaje en un ambiente de desconfianza.

Después de que hubieron cruzado el río Tigris, Tisafernes invitó a algunos generales griegos, entre ellos al principal Clearco, a su campamento. Cuando los tuvo reunidos ordenó su muerte y la de los capitanes y soldados que los acompañaban. La noticia de tal hecho sumió a las tropas griegas en gran desconcierto y pesadumbre.

Se encontraban muy lejos de su patria, rodeados de enemigos y sin guía. Pero, un cierto Jenofonte, de Atenas, que se había enrolado no como general o capitán, ni siquiera como soldado, y que sería el cronista de la campaña, fue el primero en reaccionar a la desventura en que se encontraban.

Jenofonte convenció al resto de que se debía emprender la retirada y fue nombrado general en sustitución de uno de los asesinados por órdenes de Tisafernes. Organizó el comando de las tropas con la colaboración de los jefes que no habían caído en la trampa persa.

Siguieron en dirección al norte, aunque asediados permanentemente por tropas persas y perdiendo soldados en las refriegas y, aunque también ocasionaron serias pérdidas al enemigo, no lograban desembarazarse de él, que era una rémora para su escape.

Atravesando las últimas estribaciones de los Montes Zagros, pasaron por algunas ciudades y, empleando diversas tácticas para liberarse de las emboscadas que el enemigo tendía a su paso, seguían infatigables en su marcha, ansiando llegar al Mar Negro.

Transcurridos como dos meses desde la batalla de Cunaxa, estaban en terreno montañoso, en el Kurdistan, en el país de los carducos, pueblo belicoso al que los persas no podían dominar. Los griegos no tenían otra opción que la de combatir con nuevos enemigos que se interponían en su camino; habían dejado atrás a los persas.

Después de la ventaja que tuvieron los griegos por su sorpresiva invasión, los carducos se repusieron y, con gran agilidad, atacaban y escapaban; cuando no hacían rodar enormes piedras, se veían favorecidos por el accidentado terreno y por torrenciales lluvias que frenaban a las tropas griegas, cargadas de molesta impedimenta.

Tras días de constante lucha, y casi sin haber descansado, los griegos llegaron al límite meridional de Armenia y divisaron al otro lado de un río a tropas de infantería listas para defender ese territorio. Con la amenaza de los carducos a su retaguardia, los griegos debían vencer el obstáculo del río y a sus nuevos adversarios.

Jenofonte y Quirísofo, otro general griego, se dividieron las tropas y mientras una parte atravesaba el río para dar batalla a los que defendían Armenia, la otra corría hacia otro paso del río distrayendo a ese enemigo, al hacerle creer que se pretendía en contra de él un movimiento envolvente, mientras la primera tomaba la otra orilla.

Jenofonte, con la protección que le brindaba Quirísofo que era quien había pasado al otro lado del río, regresó con sus tropas al lugar inicial de su movimiento y ordenó que se hiciera frente a los carducos, que amenazaban la retaguardia, con la formación de una sola columna.

Los que estaban al principio de ella atacaron y después corrieron a su propia retaguardia, iniciando la sucesión de los soldados hacia la primera fila de la columna: atacaban, rápidamente iban hacia el río y lo cruzaban, protegidos por los arqueros que Quirísofo había plantado en el río.

Así, y con relativamente pocas pérdidas humanas, pudieron penetrar en Armenia, país llano con algunas suaves colinas y llegaron a pasar por encima de las fuentes del río Tigris. Ya finalizaba el otoño y tuvieron que enfrentarse con tempranas fuertes nevadas que les impedían moverse tan rápido como lo deseaban.

Al saber que se organizaba una nueva resistencia a su paso, atravesaron el río Éufrates en un punto muy cercano a sus fuentes y siguieron avanzando en medio de continuas tormentas, que dejaban nieve hasta de dos metros de espesor, y agredidos por un viento norte que helaba a los hombres.

Perecieron muchos hombres y acémilas. No se podían abastecer de alimentos y un gran número de griegos fue atacado de bulimia; ya no se podían tener en pie. La retaguardia se debilitó y la amenaza de los guerrilleros de esa región se volvió una franca agresión.

Muchos soldados perdieron la vista por efecto de la reverberación del sol en la nieve y otros sufrían el congelamiento de sus pies. Sin embargo, pronto encontraron abrigo y víveres en unas aldeas armenias, donde también lograron que el jefe del lugar, aunque con poco entusiasmo, les sirviera de guía.

Se encaminaron a través de la nieve y, después de unos días, avistaron en una montaña a un ejército —formado por pasianos, taocos y calibes—, que les cortaba el camino. Los griegos se aprestaron para el combate y tomaron la montaña en una acción nocturna y pudieron llegar a una llanura con aldeas donde se abastecieron.

Cuando empezó nuevamente a faltarles vituallas se encontraron con que los taocos, en cuyo territorio se encontraban, se habían fortificado en un lugar montañoso casi inaccesible, llevándose consigo todo su ganado, víveres y pertenencias, y dejando a los griegos sin ninguna posibilidad de subsistencia.

Los griegos debían tratar de llegar al reducto taoco, pero sus defensores les ocasionaron mucho daño al hacerles caer grandes piedras. Los griegos simulaban sucesivos y frecuentes ataques, obligando a sus oponentes a gastar su provisión de piedras; con esa táctica pudieron cumplir su objetivo y asaltaron la fortificación.

Sin embargo, su triunfo se empañó pues tuvieron que asistir a un espectáculo espantoso: las mujeres taocas arrojaban a sus hijos a los precipicios y luego ellas se despeñaban lo mismo que los hombres. Después de caminar bastante arribaron al país de los calibes, que fueron los más valientes de todos los pueblos que encontraron.

Los combates con ellos fueron muy duros, los griegos no obtuvieron nada a cambio, se limitaron a mantenerse con lo que habían cogido de los taocos, y llegaron a una comarca donde se les ofreció un guía.

”Vino, pues, el guía y les dijo que en cinco días los conduciría a un sitio desde donde verían el mar y que si no cumplía su promesa podían matarle... Al quinto día llegaron a la cima de la montaña Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cumbre y vieron el mar prodújose un gran vocerío... los soldados gritaban «¡El mar!, ¡el mar!» (¡Thalassa! ¡Thalassa!)... Cuando llegaron todos a la cima se abrazaban los unos a los otros, con lágrimas en los ojos”.

[Jenofonte, "Anábasis", Libro Cuarto, Capítulo VII]

Aún tuvieron que atravesar los países de los macrones, esquitenos y colcos antes de llegar al mar. Pelearon con los macrones y negociando con ellos pasaron a territorio esquiteno donde no combatieron. En cambio, pelearon con los hostiles colcos, su último obstáculo en su ruta hacia el mar,.

Puestos en fuga los colcos llegaron a la griega Trebisonda, ciudad a orillas del Mar Negro y en el país de la Cólquide. Descansaron un mes en aldeas colcas circunvecinas y también organizaron expediciones en búsqueda de botín, con diferentes resultados en cada partida que emprendían distintos grupos.

Como todos querían llegar a Grecia, Quirísofo salió a buscar embarcaciones, mientras Jenofonte se dispuso a capturar otras que pasaban frente a Trebisonda; además, también hizo decir a las autoridades de las ciudades costeñas, que tenían por delante, que hiciesen arreglar los caminos para el paso del ejército.

Pasó el tiempo y por escasez de alimentos tuvieron que emprender expediciones profundas, más allá de la Cólquide, guiados por los trebisondos que, también para vengarse por anteriores agravios, condujeron a los griegos a territorio de los drilas. Estos se defendieron muy bien y dejaron poco margen de ganancia a los griegos.

Como la espera a Quirísofo se había prolongado, se embarcaron los enfermos, los débiles, los mayores de cuarenta años y toda la impedimenta que no era necesaria, en las naves que se habían capturado en aguas de Trebisonda. El resto se puso en marcha y llegó a Cerasunte, también en la Cólquide.

Los que iban por tierra penetraron en un nuevo territorio y emplearon el procedimiento de hacer pelear a grupos antagónicos entre los naturales de ese país,

para poder atravesar el mismo sin combatir. Esa táctica no sirvió y los griegos de la retaguardia por primera vez en la expedición sufrieron la humillación de tener que huir.

Jenofonte logró reanimar a los mercenarios y organizó un nuevo enfrentamiento, pero esta vez sólo con la participación de ellos, haciendo que los mesinecos habitantes del área y que llegaron a ser sus aliados cumplieran labores de apoyo secundario.

Los griegos tuvieron la victoria, utilizando nuevamente la táctica de columnas de compañía, lo que les permitió hacerse de abundantes víveres. Al mismo tiempo conocieron las extrañas y salvajes costumbres de los mesinecos, tales como la de engordar exageradamente a los niños y la de hablar solos.

Volvieron a encontrarse con calibes, sometidos en tierras mesinecas, y después llegaron al país de los tibarenos, que fue uno de los pocos que atravesaron sin guerrear —donde se hallaba la ciudad griega de Cotiora, colonia de Sinope—, y allí permanecieron mes y medio, tomando los víveres en la Paflagonia o de aldeas cotioritas.

Pronto recibieron la visita de embajadores de Sinope, por el malestar que se había creado por los atropellos que cometían los griegos en la Paflagonia. En las negociaciones surgió que los sinopenses, para evitar más despojos y enfrentamientos sangrientos, preferirían ayudar a los griegos a que salieran rápidamente por mar.

Pero, al margen de esa posibilidad, Jenofonte viéndose prácticamente al mando de todo el ejército griego —por la ausencia de Quirísofo—, concibió la idea de extender el dominio de Grecia en un nuevo territorio, mediante la fundación de una ciudad.

Esa idea no prosperó y más bien animó a algunos jefes que envidiaban a Jenofonte a querer disminuir su prestigio. Jenofonte aprovechó la oportunidad para revitalizar la disciplina que había menguado, en perjuicio del espíritu de cuerpo y, de paso, justificó el haber tenido que ser muy enérgico en situaciones difíciles.

Cuando tuvieron barcos suficientes se embarcaron y después de un día de navegación arribaron a Sinope, donde se encontraron con Quirísofo que no había podido encontrar las naves que esperaban desde hacía ya mucho tiempo y que les hubiesen permitido viajar directamente a Grecia.

Fue en Sinope que las tropas de mercenarios quisieron nombrar jefe absoluto a Jenofonte, pero éste no aceptó el ofrecimiento, sobre todo por ser ateniense y pensando que los espartanos, que en esa época dominaban Grecia, no lo verían con buenos ojos.

De Sinope, navegando dos días, llegaron a otra ciudad griega, Heracles, en el país de los miriandinos. Allí volvieron a surgir disputas —que en el último tiempo se hacían más frecuentes—. Quitaron el mando a Quirísofo y el ejército se dividió en tres partes.

Una de esas facciones, la de los hoplitas, que eran soldados de infantería pesada que sumaban cuatro mil, se hizo a la mar; y, las otras dos, de diferentes armas, cada una con alrededor de dos mil hombres, quedaron al mando de Quirísofo y de Jenofonte.

Los hoplitas desembarcaron en el país de los bitinios y se dedicaron al pillaje y, con el mismo objeto, fueron a Calpe y atacaron a aldeas del interior de la Tracia. Jenofonte con los suyos también llegó por mar a esa región y siguió por tierra. Quirísofo, con sus tropas alcanzó la Tracia por tierra y continuó por mar hasta Calpe.

Los tracios resistieron fieramente a los hoplitas y les causaron grandes pérdidas humanas. Cuando Jenofonte supo que los hoplitas estaban en dificultades, les ayudó para que ellos pudieran regresar a Calpe, donde se reunieron las tres facciones, para continuar la marcha por tierra.

Encontrándose escasos de víveres se dispersaron para buscarlos y en eso fueron atacadas por una numerosa caballería persa al mando de Farnabazo, general de Artajerjes, que había llegado a la región, por el Camino Real Persa, para auxiliar a las bitinios e impedir el paso de los griegos a Frigia.

A consecuencia de ese ataque sorpresivo murieron no menos de quinientos griegos. Jenofonte rescató a los que habían quedado dispersos, hizo enterrar a los muertos, y preparó a las tropas para salir al ineludible encuentro con los persas; ya era el jefe de los mercenarios.

De acuerdo con las características del enemigo, del terreno y de los medios disponibles, el mando griego optó por presentar frentes sucesivos, para agotar al enemigo mediante el reemplazo constante de las fuerzas que llegaban, siempre frescas, al momento del combate.

Aunque los persas no perdieron muchos hombres por la ventaja de movimiento que le proporcionó su caballería para eludir la agresión, no pudieron aprovechar esa ventaja para atacar los flancos de la falange griega y, más bien, huyeron ante su empuje incontenible, para después mantenerse tan lejos como les fue posible.

Los griegos esperaron las naves que les traería Cleandro, gobernador de Bizancio, pero ellas resultaron insuficientes. Con esa frustración y porque las tropas querían llegar a su tierra con bienes, surgió un conflicto por un botín de guerra. Cleandro amenazó a los griegos con que haría que no se los recibiera en las ciudades griegas.

Jenofonte intercedió ante Cleandro y el ejército pudo ponerse en marcha, a través de la Bitinia, hasta arribar a Crisópolis en la Calcedonia, y ahí supieron que, por su afán pendenciero, incluso el persa Farnabazo estaba haciendo gestiones para que las autoridades griegas facilitasen la rápida salida de los mercenarios del Asia Menor.

Se le ofreció dinero al ejército griego y se persuadió a Jenofonte para que continuase en el mando que él ya quería abandonar, y se logró el arribo de los mercenarios a Bizancio, donde no se les dió lo ofrecido y en cambio se dispuso que abandonasen de inmediato la ciudad.

Los mercenarios estaban desesperados, no eran útiles por el momento y todos querían deshacerse de ellos. Hubo un amotinamiento muy grave que hizo que las autoridades y la población de Bizancio abandonasen la ciudad. Finalmente Jenofonte pudo convencer al ejército que dejara de alborotar.

Los soldados empezaron a dispersarse, hasta que Jenofonte —que había dejado el mando para reiniciar su vida independiente—, fue convocado por las autoridades griegas para que reuniese a los mercenarios y los condujese a Perinto, de donde debían pasar nuevamente al Asia Menor, situación que Farnabazo quería.

Mientras tanto, los mercenarios encontraron un nuevo patrón: Seutes, de Tracia, que deseaba contratarlos, para : recuperar las tierras que su padre había gobernado en la Tracia europea. Hizo llamar a Jenofonte quien, al no poder conducir al ejército al Asia Menor por las presiones de Farnabazo, aceptó ese encargo.

Con el ofrecimiento de valiosas recompensas y con el apoyo de la caballería de Seutes, los griegos batieron a los tracios y obtuvieron para Seutes un cuantioso botín de guerra, pero éste no cumplió satisfactoriamente su compromiso y convenció a los griegos a avanzar hasta Salmudeso y después a Selimbria.

En eso se supo que los espartanos habían decidido hacer la guerra a los persas y que necesitaban del apoyo de los mercenarios. Con esa noticia Seutes vio la posibilidad de despachar a los griegos sin mayores gastos, entregándolos al mando espartano.

Jenofonte, a pesar de haber recibido el apoyo de Esparta para que los mercenarios pudieran recibir el dinero que les debía Seutes, ya no confiaba en nadie y decidió dirigir, por su cuenta, el reingreso al Asia del menguado ejército a su cargo, ya de solamente unos seis mil hombres.

Cruzaron el estrecho de los Dardanelos y arribaron a Lamsaco. Jenofonte tuvo que vender hasta su caballo para regresar a Atenas —aún no sabía que sería desterrado por haber luchado junto a espartanos—, pero unos amigos suyos rescataron el caballo y se lo restituyeron.

De Lamsaco los griegos siguieron en dirección sureste, hacia la región de donde habían partido hacia quince largos meses —lentos de fatigas, penurias y peligros—, pasaron por Adramitis y finalmente entraron en Pérgamo, ciudad de Misia.

Todavía tuvieron tiempo para batir a un grupo persa y dieron a Jenofonte una parte escogida del botín, antes de que Tibrón, un general espartano, tomara el mando del ejército y lo mezclara con otras tropas griegas, para hacer la guerra a Tisafernes y Farnabazo.

Los mercenarios habían regresado, pero tenían que volver a combatir...

Resumen de la obra de Jenofonte elaborado por Carlos Calvimontes Rojas